

**ILMO. SR. D. BENITO VILAMITJANA Y VILÁ,  
OBISPO DE TORTOSA**

Desierto de las Palmas, 22 de septiembre de 1872

En todos los tiempos, Dios nuestro Señor, que vela con paternal solicitud por el mayor bien de sus hijos, y que todo lo dispone con infinita sabiduría, ha provisto de remedio a los males del mundo.

Teresa de Jesús fue una de esas almas privilegiadas que, según podemos juzgar por los efectos, llenó en su vida uno de estos designios amorosos de la Providencia. Nacida dos años después que Lutero empezó a derramar su ponzoña por el mundo, enseñando que era imposible la guarda de los divinos mandamientos, Teresa de Jesús, mujer débil y flaca, le confundió con su ejemplo, arrastrando a su imitación a miles de almas de toda condición y edad, no sólo al cumplimiento exacto de los divinos preceptos, sino a la observancia de los consejos evangélicos más sublimes, con lo que demostró claramente que Dios no manda cosas imposibles, sino perfectas. Además reparó con su vida y escritos las pérdidas que la herejía con sus errores y vicios causaba a la Iglesia de Jesucristo.

Pasaron ya, Ilustrísimo Señor, y ojalá hubiese sido para nunca jamás volver, aquellos días y aquellas duras pruebas para la Iglesia y sus hijos; mas hoy recogemos todo su amargo fruto. Parece nos hallamos en aquellos aciagos días profetizados por San Juan en el Apocalipsis, en que el diablo desciende al mundo con gran furor para dañarle, porque conoce que le queda poco tiempo. ¡Tan ruda y cruel es la guerra que levanta contra todo lo que esparce el buen olor de Jesucristo! ¿Qué diría, qué haría Teresa de Jesús si viviese hoy entre nosotros, al ver devastado el jardín de sus desvelos, destruidos los templos, los monasterios y casas de oración convertidos en establos, o cosas peores, protegidos, mimados por la autoridad los protestantes, España sin la unidad de fe, llorando los sacerdotes y obispos la corrupción de costumbres, y preso el Vicario de Jesucristo? Teresa de Jesús, que por salvar una sola alma, gustosa, como ella misma afirma, hubiera sufrido hasta el fin del mundo todos los tormentos del purgatorio, ¿qué sintiera hoy día al ver cómo en su España la juventud bebe la iniquidad como el agua en libros y escuelas ateas, y las doncellas van perdiendo el pudor y recato, y la familia la santidad y cristiana educación? España de Teresa de Jesús y España del siglo XIX, ¡cuánto os desemejáis!

No obstante, no decae nuestro ánimo; todavía tenemos motivos de esperanza, porque la Iglesia de Santa Teresa permanece unida en la fe, y tenemos acá el recuerdo de sus virtudes y ejemplos admirables, sus escritos y enseñanzas, llenos de celestial sabiduría, y allá en la gloria sus oraciones y poderosa intercesión.

La raíz de los males del mundo actual es el orgullo, el egoísmo y la sensualidad. Con el orgullo va unida la falta de fe, el racionalismo: con el egoísmo la falta de caridad, de sacrificio. La tierra además está desolada, porque no hay quien medite ni ore como debe orar. Vemos secarse las flores más delicadas y preciosas, porque no son regadas con el rocío de la gracia del cielo que desciende por la oración: se enseorea de los corazones el deseo de gozar de este mundo, porque flaquea la esperanza de una vida mejor, y no hay sino odios, rencores, guerras y amenazas de una destrucción total.

Pues bien, recordando a todos los españoles, hermanos nuestros muy queridos, las glorias de nuestra Santa, descubriéndoles su imagen amabilísima, adornada de todas las virtudes y gracias, tremolando la bandera de Cristo Jesús con su mano, y cobijando con su manto a multitud de delicadas vírgenes, podremos decir al siglo del tanto por ciento, de los positivo, de la Internacional, de la molicie y sensualidad: Y que, ¿no podrás tú, que

blasonas de poderoso e ilustrado, lo que estas tiernas Vírgenes han podido? ¿Acaso eres de más débil condición o más flaco que estas mujeres? Ven, siglo sin fe, a contemplar la hermosura y las riquezas de esta celestial virtud al resplandor de las luces que despide en Teresa de Jesús. Ven, siglo sin caridad y amor fraternal, a calmar la sed que devora tus entrañas con las cristalinas aguas de la oración de que la Santa es maestra. Ven, siglo insustancial y vano, helado por el frío de falsas doctrinas, a vigorizarte con la lectura de los escritos de una Virgen, que levantan por donde pasan llamas de amor divino. Ven, y serás salvo.

No lo dudamos; porque con la devoción a Santa Teresa de Jesús, maestra insigne de oración, derramará el Señor sobre la España indiferente el espíritu de oración, con el que vienen todos los bienes a las almas; el espíritu de fe práctica, que las fortalece y vigoriza; el espíritu de amor, que endulza todas las penalidades de este miserable destierro.

Beneficiar, pues, en provecho de nuestros hermanos, que lo son todos los españoles, este tesoro de virtudes y ejemplos de nuestra compatrona Santa Teresa de Jesús; popularizar sus escritos y enseñanzas llenos de celestial sabiduría; aprovechar sus méritos, oraciones y poderoso valimiento a favor de todo el mundo, es, Ilustrísimo Señor, lo que pretende nuestra humilde publicación.

Si nuestro proyecto merece la autorizada aprobación de su señoría ilustrísima, y le dispensa su bendición y cariño, tendremos un nuevo motivo de agradecimiento a sus favores, y una prueba de que el Señor acepta en honra de su predilecta Esposa nuestra publicación, que únicamente a su mayor gloria emprendemos.

Desierto de las Palmas, 22 de septiembre, fiesta de Nuestra Señora de los Dolores de 1872.

B. a S.S.I.E.A., *Enrique de Ossó*, Pbro.